

Ngozi Adichie, Chimamanda, "Tú en los Estados Unidos".
Año 19, vol. 37 (abril 2008), pp. 269-278.
(desde la literatura).

Tú en los Estados Unidos

Chimamanda Ngozi Adichie

Creías que en los Estados Unidos todos tenían un auto y una pistola. Tus tíos y tus tías y tus primos también lo creían. En cuanto ganaste en la lotería la visa estadounidense, te dijeron: "En un mes tendrás un auto enorme, una casa enorme. Pero no te compres una pistola como esos estadounidenses".

Se amontonaron en la casa barriobajera de Lagos —de pie al lado de las paredes de zinc claveteadas porque no había sillas suficientes para todos— para despedirse en voz alta y decirte en voz baja lo que deseaban que les enviaras. En comparación con el auto y la casa enormes (y posiblemente la pistola), las cosas que deseaban eran pequeñas: bolsas de mano y zapatos y complementos vitamínicos. Dijiste muy bien, ningún problema.

Tu tío de los Estados Unidos dijo que podías vivir con él hasta conseguir acomodarte. Te recogió en el aeropuerto y te compró un enorme perrito caliente con mostaza, que te produjo náuseas. Tu introducción a los Estados Unidos, dijo riendo. Vivía en una pequeña y blanca ciudad de Maine, en una casa junto al lago, vieja de treinta años. Te dijo que la compañía para la que trabajaba le había ofrecido unos cuantos miles más, aparte de acciones, pues trataban desesperadamente de parecer distintos. Lo incluían en cada folleto de propaganda, incluso en los que nada tenían que ver con la ingeniería. Rió y dijo que el trabajo era bueno, que valía la pena vivir en una ciudad toda blanca aunque la esposa tuviera que manejar una hora para hallar un salón especializado en pelos de negro. El truco estaba en entender a los Estados Unidos, en saber que en los Estados Unidos era cuestión de toma y daca. Renunciabas a mucho, pero también ganabas mucho.

Te mostró cómo solicitar un empleo de cajera en la gasolinera de Main Street y te inscribió en un colegio mantenido por la comunidad, donde las chicas manifestaron su curiosidad por tu cabello. Cuando te quitas las trenzas ¿se queda parado o cae? ¿Todo él se queda parado? ¿Cómo? ¿Por qué? ¿Usas peine?

Sonreías forzada cuando hacían tales preguntas. Tu tío dijo que las esperaras; las llamaba una mezcla de ignorancia y arrogancia. Luego te contó que los vecinos decían, a los pocos meses de haberse cambiado él a su casa, que las ardillas habían comenzado a desaparecer. Habían escuchado que los africanos comían todo tipo de animales salvajes.

Te reíste con tu tío y te sentiste a gusto en su casa. Su esposa te llamaba *nwanne*, hermana, y sus dos hijos en edad escolar títa. Hablaban igbo y comían garri en el almuerzo y eso te recordaba tu casa. Hasta que tu tío bajó al sótano atiborrado donde dormías rodeada de viejos baúles y libros, y te agarró los pechos como si arrancara mangos de un árbol, gimiendo. En realidad no era tu tío, sino de hecho un primo distante del marido de tu tía, sin relación de sangre.

Mientras hacías las maletas aquella noche estuvo sentado en tu cama —después de todo, era su casa— y, riéndose, dijo que no tenías adónde ir. Si lo permitieras, haría muchas cosas por ti. Las mujeres listas lo hacían todo el tiempo. ¿Cómo si no lo hacían esas mujeres, allá en Lagos, que tenían empleos bien pagados? O incluso las mujeres aquí, en la ciudad de Nueva York.

Te encerraste en el baño y la mañana siguiente te fuiste, andando por el largo camino sinuoso, oliendo en el lago los peces recién nacidos. Lo viste pasar conduciendo su auto —siempre te había llevado hasta Main Street— pero no hizo sonar el claxon. Te preguntaste qué le diría a su esposa, el porqué de tu ida. Y recordaste lo que había dicho: en los Estados Unidos todo era toma y daca.

Acabaste en Connecticut, en otra ciudad pequeña, por ser la última parada del autobús de Bonanza en el que te subiste; el de Bonanza era el autobús más barato. Entraste al restaurante cercano y dijiste que trabajarías por dos dólares menos que las otras meseras. El dueño, Juan, tenía el cabello negro como la tinta y sonrió para mostrar unos brillantes dientes amarillos. Dijo que nunca había tenido una empleada nigeriana, pero que todos los inmigrantes trabajaban duro. Lo sabía porque había pasado por eso. Te pagaría un dólar menos pero a escondidas, pues no le gustaban todos los impuestos que le hacían pagar.

No podías permitirte ir al colegio porque ahora pagabas la renta de un cuarto diminuto de alfombra manchada. Además, la pequeña ciudad de Connecticut no tenía colegio comunitario y un crédito en la universidad estatal costaba demasiado. Así que fuiste a la biblioteca pública, buscaste libros de texto o sitios de la red y leíste algunos de los libros. A veces, sentada en el colchón lleno de chipotes de tu cama gemela, pensabas en casa.

Tus padres, tus tíos y tías, tus primos, tus amigos. La gente que jamás obtenía ganancias de los mangos y los akara que ofrecían en venta, cuyas casas —hojas de zinc precariamente unidas por clavos— se caían en pedazos cuando la época de lluvias. La gente que vino a decir adiós, a regocijarse porque habías ganado la lotería de una visa estadounidense, a confesar su envidia. La gente que enviaba a sus hijos a la escuela secundaria, donde los maestros les daban un diez cuando alguien les deslizaba un sobre café.

Nunca tuviste que pagar por un diez, nunca le deslizaste sobre café ninguno a un maestro de secundaria. Aun así, elegías grandes sobres cafés para enviar a tus padres la mitad de tu salario mensual; siempre usabas los billetes que Juan te daba porque eran más nuevos que las propinas. Cada mes. Nunca escribiste una carta. Nada había sobre lo cual escribir.

Sin embargo, las primeras semanas quisiste escribir, pues tenías anécdotas que relatar. Querías escribir sobre la sorprendente franqueza de la gente en los Estados Unidos, de cómo te informaban afanosamente sobre la lucha contra el cáncer de su madre, del parto prematuro de una cuñada, cosas que la gente debiera ocultar, que sólo debiera revelar a los parientes que los apoyaban. Querías escribir sobre cómo la gente acostumbraba dejar mucha comida en los platos, con unos cuantos billetes arrugados debajo del plato, como si ofrecieran una expiación por la comida malgastada. Querías escribir sobre la niña que comenzó a llorar mientras tiraba de su cabello rubio; en lugar de que los padres la callaran, estuvieron rogándole hasta que todos se levantaron y se fueron.

Querías escribir que no todos en los Estados Unidos tienen una gran casa y un auto. Sin embargo, aún no estabas segura de las pistolas, pues pudieran esconderlas en sus bolsos o en sus bolsillos.

Pero no sólo querías escribirle a tus padres, sino a tus amigos y primos y tías y tíos. Pero no podías permitirte las bolsas de mano y los zapatos y los complementos vitamínicos suficientes para todos y a la vez pagar tu renta con un salario de mesera, así que a nadie escribiste.

Nadie sabía donde estabas porque a nadie lo dijiste. A veces te sentías invisible e intentabas caminar a través de la pared para llegar al pasillo; cuando chocabas contra la pared te salían magulladuras en los brazos. En cierta ocasión Juan te preguntó si tenías un hombre que te golpeaba porque, de ser así, se encargaría de él, y tú lanzaste una risa misteriosa.

Por las noches algo se enredaba alrededor de tu cuello, algo que siempre estaba a punto de ahogarte antes de que despertaras.

Algunas personas te creían de Jamaica porque pensaban que todo negro con acento era jamaicano. O alguno que te deducía africana te preguntaba si

conocías a este o aquel de Kenia o a ese otro de Zimbabwe porque suponían que África era un país donde todo mundo conocía a todo mundo.

Así que cuando te preguntó, en la penumbra del restaurante después de que le hubieras recitado los especiales del día, de qué país africano eras, dijiste Nigeria esperando que te preguntara si conocías a un amigo suyo de los Peace Corps de Senegal o Botswana. Pero te preguntó si eras yoruba o igbo, pues tu rostro no era de fulani. Te sorprendiste tanto que lo pensaste un profesor de antropología, un tanto joven pero ¿cómo saberlo? Igbo, dijiste. Preguntó tu nombre y dijo que Akunna era hermoso. Por fortuna, no te preguntó qué significaba, ya que estabas harta de que la gente comentara ¿Riqueza del Padre? ¿Quieres decir algo así como que tu padre en verdad te vendería a un marido?

Había estado él en Ghana y Kenia y Tanzania, había leído sobre todos los otros países africanos, sobre sus historias y sus complejidades. Quisiste sentir desdén, mostrarlo mientras le servías su orden, pues los blancos que gustaban de África demasiado o que gustaban de ella demasiado poco eran iguales: condescendientes.

Pero no actuó como si supiera demasiado, no sacudió la cabeza con aire de superioridad como lo hizo aquel profesor del colegio comunitario de Maine hablando de Angola; no mostró ninguna condescendencia. Volvió al día siguiente y se sentó en la misma mesa, y cuando preguntaste si el pollo estaba bien, te preguntó algo acerca de Lagos. Regresó el segundo día y habló tan tendido —preguntándote a menudo si no pensabas que Mobutu e Idi Amin eran similares— que acabaste diciéndole que las reglas del restaurante lo prohibían. Te rozó la mano cuando le serviste el café. El tercer día le dijiste a Juan que no querías atender esa mesa ya.

Concluido tu turno ese día, él te esperaba afuera, apoyado en un poste; te pidió que salieras con él porque tu nombre rimaba con *hakuna matata* y *El rey león* era el único filme sensiblero que le había gustado. No sabías que era eso de *El rey león*. Lo observaste a la luz brillante y te diste cuenta de que sus ojos tenían el color del aceite de oliva extra virgen, de un dorado verdoso. El aceite de oliva extra virgen era la única cosa que amabas, realmente amabas, de los Estados Unidos.

Estudiaba el último año en la Universidad Estatal. Te dijo su edad y le preguntaste por qué no se había graduado todavía. Después de todo, se trataba de los Estados Unidos, y no era como en casa, donde las universidades cerraban tan a menudo que la gente agregaba tres años al tiempo normal de estudio, donde los profesores iban de huelga en huelga sin conseguir que

les pagaran. Dijo que se había tomado un tiempo libre, un par de años al acabar la preparatoria, para encontrarse y para viajar, sobre todo por África y Asia. Le preguntaste dónde había terminado por encontrarse y se rió. Tú no reíste. No sabías que la gente simplemente podía elegir no ir a la escuela, que la gente podía mandar sobre la vida. Estabas acostumbrada a aceptar lo que la vida daba, a escribir lo que la vida dictaba.

Dijiste que no los siguientes tres días a lo de salir con él, porque no lo creías correcto, ya que te sentías incómoda por el modo en el cual te miraba a los ojos, por la facilidad con que te reías de lo que decía. Y entonces la cuarta noche caíste en el pánico al no verlo de pie en la puerta, ya acabado tu turno. Rogaste por primera vez en mucho tiempo y cuando apareció detrás de ti y dijo "Hola" dijiste que sí, que saldrías con él incluso antes de que lo pidiera. Tenías miedo de que no volviera a pedirlo.

Al día siguiente te llevó donde Chang y tu galleta de la fortuna tenía dos tiras de papel, las dos en blanco.

Supiste que estabas cómoda cuando le dijiste cuál había sido la razón verdadera para pedirle a Juan una mesa distinta: *Jeopardy*. Cuando veías *Jeopardy* en la televisión del restaurante, te inclinabas por lo que venía a continuación, en el siguiente orden: mujeres de color, mujeres blancas, hombres negros antes de, finalmente, hombres blancos, lo que significaba que nunca te inclinabas por los hombres blancos. Riéndose, te dijo que estaba acostumbrado a que no lo eligieran: su madre enseñaba estudios de género.

Y supiste que habían intimado cuando le dijiste que tu padre no era en realidad un maestro de escuela en Lagos, sino taxista. Y le contaste de aquel día en medio del tráfico de Lagos, en el taxi de tu padre. Llovía y tu asiento estaba mojado debido al agujero oxidado en el techo. El tránsito estaba pesado; el tránsito siempre era pesado en Lagos y, cuando llovía, se volvía un caos. Era tan malo el desagüe de las calles, que algunos carros se atoraban en los baches lodosos y algunos de tus primos recibían dinero por sacarlos a empujones. La lluvia y el camino pantanoso —piensas— hicieron que ese día tu padre pisara el freno demasiado tarde. Escuchaste el golpe antes de sentirlo. El auto contra el que se impactó tu padre era grande, extranjero y verde botella, con faros amarillos como los ojos de un gato. Tu padre comenzó a llorar y a rogar incluso antes de bajar del carro y tenderse en el camino, interrumpiendo el tránsito. Lo siento, señor, lo siento; si me vendiera usted junto con toda mi familia no podría comprar una llanta de su auto, entonces. Lo siento, señor.

El Gran Hombre, sentado en la parte trasera, no descendió pero su chofer sí. Examinó el daño, miró el cuerpo tendido de tu padre por el rabillo del ojo, como si los ruegos fueran una canción que se avergonzara de admitir que le gustaba. Al final, permitió que tu padre se fuera. Lo echó con un movimiento del brazo. Los otros autos tocaban sus bocinas y los conductores maldecían. Cuando tu padre regresó al auto, te rehusaste a mirarlo porque era tal cual como los cerdos que se revuelcan en las marismas alrededor del mercado. Tu padre parecía *nsí*. Mierda.

Cuando le hubiste contado esto, apretó los labios y, tomándote de la mano, dijo que comprendía. Libraste tu mano, molesta, porque pensaba él que el mundo estaba, o debiera estar, lleno de gente como él. Le dijiste que no había nada que comprender, que las cosas eran así.

No comía carne porque pensaba que estaba mal la manera en que mataban animales. Dijo que el miedo los hacía liberar toxinas y esas toxinas del miedo volvían paranoica a la gente. Allá en casa los trozos de carne que comías, cuando había carne, equivalían a la mitad de tu dedo. Pero no se lo dijiste. No le dijiste que los recipientes de dawadawa en que tu madre cocinaba todo (porque el curry y el tomillo eran demasiados caros) contenían glutamato, eran glutamato. Él decía que el glutamato causaba cáncer —era la razón porque le gustaba Chang's— Chang no cocinaba con glutamato.

Una de las veces, en Chang's, le dijo al mesero que había vivido en Shanghai un año, que hablaba un poco de mandarín. El mesero se volvió amistoso y le dijo qué sopa era la mejor y, luego, le preguntó: "¿Tienes novia en Shanghai?" Él sonrió y nada dijo.

Perdiste el apetito y allá en tu interior sentiste obstruida la región por debajo de tus pechos. Aquella noche no gemiste cuando estaba dentro de ti; te mordiste los labios y simulaste que no habías tenido orgasmo pues sabías que eso lo preocuparía. Finalmente, le dijiste por qué estabas molesta: el chino había supuesto que no podías ser su novia y él había sonreído sin decir nada. Antes de dar disculpas te miró con ojos vacíos y supiste que no te había comprendido.

Te compró regalos y, cuando objetaste el costo, dijo que tenía un fondo fiduciario, que no había problema. Sus regalos te dejaron perpleja. Una esfera del tamaño de un puño, que sacudías para ver cómo caía nieve sobre una casita, u observar los movimientos de una bailarina de plástico color rosa. Una roca brillante. Una bufanda costosa, pintada a mano en México y que nunca podías llevar a causa del color. Finalmente le dijiste, la voz tensa de ironía, que los regalos tercermundistas eran siempre útiles. Por ejemplo, la

roca funcionaría si pudieras moler cosas con ella o llevarla de adorno. Rió largo y en voz alta; tú no. Te diste cuenta de que en su vida podía comprar regalos que eran simplemente regalos y nada más, nada útil. Cuando comenzó a comprarte zapatos y ropa y libros, le pediste que no lo hiciera, que no deseabas ningún regalo.

Pese a todo, no peleaban. No en realidad. Discutían y se reconciliaban y hacían el amor y pasaban las manos por el cabello mutuo, el de él suave y amarillo como los flequillos de las mazorcas en crecimiento, el tuyo oscuro y elástico como el relleno de una almohada. En sus brazos te sentías a salvo, con la misma seguridad que allá en casa, en la pobretona casa de zinc.

Cuando tomaba demasiado sol y su piel se ponía del color de una sandía madura, le besabas porciones de la espalda antes de untarle loción. Era más íntimo que el sexo, te sentías envuelta y, sin embargo, era una experiencia que nunca podrían compartir. Te oscurecías al sol, pero eras demasiado oscura para llegar a quemarte.

Descubrió la tienda africana en las Páginas Amarillas de Hartford y te condujo a ella. El dueño de la tienda, un ghanés, le preguntó si era africano, como los kenianos o sudafricanos blancos, y riéndose dijo que sí, pero que había vivido en los Estados Unidos por largo tiempo y no se había alimentado con la comida de su infancia. No dijo al dueño que simplemente bromeaba.

Cocinaste para él. Le gustaba el arroz jollof, pero tras comer garri y sopa onughu vomitó en tu fregadero. No te importó, pues ahora podías cocinar sopa onughu con carne.

La cosa que se enredaba a tu cuello, que casi siempre te ahogaba antes de tú caer dormida, comenzó a aflojar, a desaparecer.

Sabías, por las reacciones de la gente, que eras anormal: por el modo en que los desagradables lo eran demasiado y los amables demasiado amables. Las ancianas blancas que murmurando lo miraban, los negros que sacudían la cabeza en tu dirección, las negras cuyos ojos piadosos lamentaban tu falta de autoestima, tu odio por ti misma. O las negras que te lanzaban rápidas y secretas sonrisas solidarias, los negros que procuraban con demasiado esfuerzo el perdonarte, lanzando en dirección de él un hola demasiado obvio, las blancas que decían "qué pareja tan bien parecida" de modo demasiado brillante, en voz demasiado alta, como si probándose su capacidad de tolerancia por sí mismas.

No se lo dijiste, pero deseaste ser de piel más clara, de modo que la gente no se fijara tanto. Pensaste en tu hermana, allá en casa, en su piel

color miel, y deseaste haber salido como ella. Lo mismo deseaste la noche que conociste a sus padres. Pero no le dijiste porque sabías que te tomaría de la mano solemnemente para decirte que era tu color de piel brunido lo que en primer lugar lo había atraído. No querías que te tomara la mano y te dijera que entendía, porque no había nada que entender, ya que las cosas eran como eran.

Deseaste ser lo bastante clara de piel para que te confundieran con una puertorriqueña, lo bastante clara para que a la luz penumbrosa del restaurante indio donde compartieron con sus padres samoosas colocadas en una bandeja central, casi te parecieras a ellos. Casi.

Su madre te dijo que adoraba tus trenzas, preguntó si eran cauries verdaderos los entretreídos en ellas y qué escritoras habías leído. El padre preguntó cuánto se parecían la comida india y la nigeriana y te embromó acerca de pagar la cuenta cuando la trajeron. Los miraste agradeciendo que no te examinaran como un trofeo exótico, como un colmillo de marfil.

La madre te dijo que él jamás había traído a presentar una muchacha, excepto por su compañera en el baile de recepción de la prepa; él sonrió con tiesura y te tomó de la mano. El mantel ocultó las manos unidas. Apretó la tuya y le respondiste, preguntándote porque la de él estaba tan rígida, porque sus ojos color aceite de oliva extra virgen se oscurecieron al hablar con sus padres.

Más tarde te contó de sus roces con los padres, de cómo repartían el amor como si fuera un pastel de cumpleaños, de cómo le darían un trozo mayor si aceptaba ir a la facultad de derecho. Querías darle apoyo y, en lugar de ello, estabas enojada.

Te enojaste aún más cuando te dijo que se había negado a ir con ellos a Canadá por una o dos semanas, a su cabaña de verano en el campo quebequense. Incluso le pidieron que te llevara. Te mostró fotos de la cabaña y te preguntaste por qué la llamaban cabaña, pues los edificios así de grandes de tu barrio, allá en casa, eran bancos e iglesias. Soltaste un vaso que se hizo pedazos contra la dura madera del piso de su departamento y te preguntó qué pasaba y respondiste que nada, aunque pensaste que mucho andaba mal. Los mundos de ambos andaban mal.

Más tarde, en la ducha, comenzaste a llorar. Observaste cómo el agua diluía tus lágrimas y no supiste por qué llorabas.

Finalmente escribiste a casa cuando la cosa alrededor de tu cuello casi había desaparecido. Casi. Una breve carta a tus padres y hermanos y hermanas deslizada entre los crujientes billetes de dólar, e incluiste tu dirección.

Días después te llegó respuesta, por mensajero. Tu madre había escrito la carta; lo sabías a causa de la letra como patas de mosca, de las palabras con faltas de ortografía.

Tu padre había muerto, desplomado sobre el volante de su taxi. Hacía cinco meses, escribía la madre. Parte del dinero que enviaste lo emplearon para darle un funeral decente. Mataron un chivo para los huéspedes y enterraron a tu padre en un ataúd verdadero, no entre meras planchas de madera.

Te acurrucaste en la cama, presionaste las rodillas contra el pecho y lloraste. Él te abrazó mientras llorabas, te aplacó el pelo y se ofreció a ir contigo, de regreso a casa, en Nigeria. Dijiste que no, que necesitaba ir sola. Te preguntó si regresarías, y le recordaste que tenías una tarjeta verde y que la perderías de no volver en un año. Te dijo que sabías lo que quería decir: ¿Regresarías, en verdad regresarías?

Le diste la espalda y nada dijiste y cuando te condujo al aeropuerto lo abrazaste estrechamente, asiéndote a los músculos de su espalda hasta que tus costillas dolieron. Y dijiste gracias ●

Traducción: **Federico Patán**